

JAIME SABINES

RECUENTO DE POEMAS
(1950 – 1993)

JOAQUÍN
MORTIZ

© 1997, Jaime Sabines
© 1999, 2012, Josefa Rodríguez Zebadúa
© 2022, Herederos de Jaime Sabines

Diseño de colección: Anónima Content Studio
Arte de portada: Planeta Arte & Diseño / wutypeclan
Fotografía del autor: © Rogelio Cuéllar Ramírez

Derechos reservados

© 2026, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial JOAQUÍN MORTIZ M.R.
Avenida Presidente Masaryk núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: julio de 2026
ISBN: 978-607-39-4575-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de Inteligencia Artificial (IA).

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal del Derecho de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal Federal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litografía Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

Horai

1950

El día

Amaneció sin ella.
Apenas si se mueve.
Recuerda.

(Mis ojos, más delgados,
la sueñan.)

¡Qué fácil es la ausencia!

En las hojas del tiempo
esa gota del día
resbala, tiembla.

Horad

El mar se mide por olas,
el cielo por alas,
 nosotros por lágrimas.

El aire descansa en las hojas,
el agua en los ojos,
 nosotros en nada.

Parece que sales y soles,
nosotros y nada...

Lento, amargo animal
que soy, que he sido,
amargo desde el nudo de polvo y agua y viento
que en la primera generación del hombre pedía a Dios.

Amargo como esos minerales amargos
que en las noches de exacta soledad
—maldita y arruinada soledad
sin uno mismo—
trepan a la garganta
y, costras de silencio,
asfixian, matan, resucitan.

Amargo como esa voz amarga
prenatal, presubstancial, que dijo
nuestra palabra, que anduvo nuestro camino,
que murió nuestra muerte,
y que en todo momento descubrimos.

Amargo desde dentro,
desde lo que no soy

—mi piel como mi lengua—,
desde el primer viviente,
anuncio y profecía.

Lento desde hace siglos,
remoto —nada hay detrás—,
lejano, lejos, desconocido.

Lento, amargo animal
que soy, que he sido.

Sombra. No sé. La sombra
herida que me habita,
el eco.
(Soy el eco del grito que sería.)
Estatua de la luz hecha pedazos,
desmoronada en mí;
en mí la mía,
la soledad que invade paso a paso
mi voz, y lo que quiero, y lo que haría.
Este que soy a veces,
sangre distinta,
misterio ajeno dentro de mi vida.
Este que fui, prestado
a la eternidad,
cuando nací moría.
Surgió, surgí dentro del sol
al efímero viento
en que amanece el día.

Hombre. No sé. Sombra de Dios
perdida.

Sobre el tiempo, sin Dios,
sombra, su sombra todavía.

Ciega, sin ojos, ciega
—no busca a nadie,
espera—,
camina.

Vieja la noche, vieja,
largo mi corazón antiguo.

¡Qué de brazos adentro
del pecho, fríos,
se mueven y me buscan,
viejo amor mío!

La noche, vieja, cae
como un lento martirio,
sombra y estrella, hueco
del pecho mío.

Y yo entretanto, ausente
de mi martirio,
entro en la noche, busco
su cuerpo frío.



No hay luna, locos,
desde hace siglos.
Sólo un breve milagro
cuando hace frío.

Me busca, viejo, el llanto,
y, sombra, río.

Yo no lo sé de cierto, pero supongo
que una mujer y un hombre
algún día se quieren,
se van quedando solos poco a poco,
algo en su corazón les dice que están solos,
solos sobre la tierra se penetran,
se van matando el uno al otro.

Todo se hace en silencio. Como
se hace la luz dentro del ojo.
El amor une cuerpos.
En silencio se van llenando el uno al otro.

Cualquier día despiertan, sobre brazos;
piensan entonces que lo saben todo.
Se ven desnudos y lo saben todo.

(Yo no lo sé de cierto. Lo supongo.)

Me gustó que lloraras.
¡Qué blandos ojos
sobre tu falda!

No sé. Pero tenías
de todas partes, largas
mujeres, negras aguas.

Quise decirte: hermana.
Para incestar contigo
rosas y lágrimas.

Duele bastante, es cierto,
todo lo que se alcanza.
Es cierto, duele
no tener nada.



¡Qué linda estás, tristeza,
cuando así callas!
¡Sácale con un beso
todas las lágrimas!

¡Que el tiempo, ah,
te hiciera estatua!

Es la sombra del agua
y el eco de un suspiro,
rastro de una mirada,
memoria de una ausencia,
desnudo de mujer detrás de un vidrio.

Está encerrada, muerta —dedo
del corazón, ella es tu anillo—,
distante del misterio,
fácil como un niño.

Gotas de luz llenaron
ojos vacíos,
y un cuerpo de hojas y alas
se fue al rocío.

Tómala con los ojos,
llénala ahora, amor mío.
Es tuya como de nadie,
tuya como el suicidio.



Piedras que hundí en el aire,
maderas que ahogué en el río,
ved mi corazón flotando
sobre su cuerpo sencillo.

La Tovarich

Es mi cuarto, mi noche, mi cigarro.
Hora de Dios creciente.
Obscuro hueco aquí bajo mis manos.
Invento mi cuerpo, tiempo,
y ruinas de mi voz en mi garganta.
Apagado silencio.

He aquí que me desnudo para habitar mi muerte.

Sombras en llamas hay bajo mis párpados.
Penetro en la oquedad sin palabra posible,
en esa inimaginable orfandad de la luz
donde todo es intento, aproximado afán y cercanía.

Margie (Maryi) se llama.

Estaba yo con Dios desde el principio.
Él puso en mi corazón imposibles imágenes
y una gran libertad desconocida.



Voces llenas de ojos en el aire
corren la obscuridad, muros transitan.
(Lamento abandonado en la banqueta.
Un grito, a las once, buscando un policía.)
En el cuarto vecino dos amantes se matan.
Y música a pedradas quiebra cristales,
rompe mujeres encinta.

En paz, sereno,
fumo mi nombre, recuerdo.

Porque caí, como una piedra en el agua,
o una hoja en el agua,
o un suspiro en el agua.
Caí como un ojo en una lágrima.

Y me sentí varón para toda humedad,
suave en cualquier ternura,
lento en todo callar.
Fui el primero —hasta el último—
en ser amor y olvido,
ni amor ni olvido.
(Porque soles opuestos...
Siempre el mismo y distinto.
Igual que sangre en círculo —al corazón, igual.)

El porvenir que cae me filtra hasta perderse.
Yo soy: ahora, aquí, siempre, jamás.

Un barranco y un ave.
(Dos alas caminan en el aire
y en medio un madrigal.)



Un barranco.
(Ya no lo dijo. Calló, de pronto,
hoscamente, para callar.)

Un
(Quién sabe. Yo.)

Cualquier cosa que se diga es verdad.
Antes de mi suicidio estuve en un panal.

(Rosa —Maryi— que ya rosál,
cualquier muerte es mortal.)

Ahora voy a llorar.

Pero nací también (porque nací)
al sexto sol del día,
en el último vientre de mi madre.
(Mi madre es mujer
y no tuvo ningún que ver con Dios.)
Hasta agotar sus senos me desprendí
(leche de flor bebí.)
Mi padre me dijo: levántate y anda
a la escuela.

No lo he olvidado:
aire —piedra deshecha por una decepción,
río —el alba antes de abrir los ojos,
montaña —el cielo sembrado de árboles,
vuelo —amor.

A los quince ya sabía deletrear una mujer.



(A la orilla del tren capullos de luciérnagas
maduraban luces, hojas. Ausencia.

Yo traía un amor reteadentro,
sin hablar, al fracaso.
Uva de soledad.
Sin luna el mar.)

Algas en el subsuelo de mis ojos.
(Mudé de piel a cada caricia.)

Margie, la luna es rusa.
El cuello de Margie es alto y blanco,
como de blando oro blanco. Ducal.
Y en sus redondos cabellos
mi mirada sueña.

Cuando me mira —algún día podría mirarme—
la conozco de rosa a abril.

Yo me moriría, si pudiera morirme,
al pie de sus ojos en sazón.
(Porque me duelen las manos de tanto no tocarla,
me duele el aire herido que a veces soy.)

Palabras para el fin:
Hebra de anhelo, sol menguante,
ovejas en la tarde sur.

Tibia la mansa hora de dormir.



Que todos mueran a tiempo, Señor,
que gocen, que sufran hoy.

Desampárame, Señor,
que no sepa quién soy.

Levanta las estrellas
y acuesta el reloj.

...Y fue en el día último cuando Se hizo Dios.

Amanece de tarde. Sin sol.
(Para sus manos un guante: mi corazón.)

Yo le hubiera injertado mis labios
en sus muslos, de dos en dos.

Ya no me alegro cuando estoy triste.
Apenas frío. Minuto en ron.

A lo largo de mí todos los muertos
bien muertos son.

(A las 5. Puntuales.
En el número 5 del panteón.)

Y la tarde nerviosa, se sacudió
el rocío llorón.



Entonces se enviaban suspiros en las rosas,
besos-palomas de balcón a balcón.
Pero la sucia noche revolvía alfileres,
sábanas, rezos, cruces, luto de amor.

Caras agrias, en sombra, el deseo encendió.
 (¡Cuántos hijos tirados en paredes,
 pañuelos, muslos, manos, por Dios!)

Muro de agua, la angustia, se levantó.
Humo rojo en mis venas. Transfigurado cielo.
De polvo a polvo soy.

Mina de minerales oscuros, de ciegos diamantes
tala de esmeraldas.
Agua tierna del pájaro
(húmedas ya de música las ramas),
buches de piedras que hace la pequeña cascada.

Milperío de tortillas para el indio,
indios de amor quemado y brazos todavía
(le podan esperanzas a su genealogía.)

Una vereda buscando la llanura.
Y una brizna en mis ojos, de agua dura.

Magia de amor errante.
Fantasma, sombra, umbral.

Algo que soy, me viene a llevar.



(Hay un aroma obscuro
desde su cuello musical.)

Eso que nunca he dicho
empiezo a callar.

¡Lleva ya tanto tiempo
de ser fugaz!

(Le prestaré mis ojos
cuando quiera llorar.)

¡Cómo el viento en retazos,
cómo la lleva en granos,
cómo de azul cristal!

Uno es el hombre.
Uno no sabe nada de esas cosas
que los poetas, los ciegos, las rameras,
llaman «misterio», temen y lamentan.
Uno nació desnudo, sucio,
en la humedad directa,
y no bebió metáforas de leche,
y no vivió sino en la tierra.
(La tierra que es la tierra y es el cielo,
como la rosa rosa pero piedra.)

Uno apenas es una cosa cierta
que se deja vivir —morir apenas—
y olvida cada instante, de tal modo
que cada instante, nuevo, lo sorprenda.



Uno es algo que vive,
algo que busca pero encuentra,
algo como hombre o como Dios o yerba
que en el duro saber lo de este mundo
halla el milagro en actitud primera.

Fácil el tiempo ya, fácil la muerte,
fácil y rigurosa y verdadera
toda intención de amor que nos habita
y toda soledad que nos perpetra.

Aquí está todo, aquí. Y el corazón aprende
—alegría y dolor— toda presencia;
el corazón constante, equilibrado y bueno,
se vacía y se llena.

Uno es el hombre que anda por la tierra
y descubre la luz y dice: es buena;
la realiza en los ojos, y la entrega
a la rama del árbol, al río, a la ciudad,
al sueño, a la esperanza y a la espera.

Uno es ese destino que penetra
la piel de Dios a veces,
y se confunde en todo y se dispersa.

Uno es el agua de la sed que tiene,
el silencio que calla nuestra lengua,
el pan, la sal, y la amorosa urgencia
de aire movido en cada célula.

Uno es el hombre —lo han llamado hombre—
que lo ve todo abierto, y calla, y entra.

Índice

Horas

1950

El día	11
Horas	12
Lento, amargo animal	13
Sombra. No sé. La sombra	15
Vieja la noche	17
Yo no lo sé de cierto	19
Me gustó que lloraras	20
Es la sombra del agua	22
La Tovarich	24
Uno es el hombre	31
Sitio de amor	33
Entresuelo	35
Miss X	37

Mi corazón emprende	39
Nada. Que no se puede decir nada	41
El llanto fracasado	43
Así es	46
Los amorosos	49

La señal

1951

I. La señal

Del corazón del hombre	61
De la esperanza	62
Del dolor	63
De la noche	64
De la ilusión	65
De la muerte	66
Del adiós	67
Del mito	68

II. Convalecencia

Allí había una niña	71
La música de Bach mueve cortinas	73
Quiero apoyar mi cabeza	74

No lo salves de la tristeza, soledad	75
En los ojos abiertos de los muertos	76
No hay más. Sólo mujer	77
Pequeña del amor	78
Boca del llanto	80
Clausurada, sellada	82
Ésa es su ventana	83
En la sombra estaban sus ojos	84
Caprichos	86
¡Qué risueño contacto	88
En la orilla del aire	89
Te desnudas igual	91
La cojita está embarazada	92
El diablo y yo nos entendemos	94
Frío y viento amanecen	96
¿No se podrá decir	98

III. El mundo

Metáforas para una niña ciega	101
La caída	103
¡Qué alegre el día!	106
A estas horas, aquí	107
No quiero paz, no hay paz	109

Carta a Jorge	110
Los he visto en el cine	112
Después de todo	114
En medio de las risas	116
Otra carta	119
Tía Chofi	122
Con ganas de llorar	125
Los días inútiles	127
No quiero decir nada	129
Amanece el presagio	130
Es un temor de algo	132
Sigue la muerte	136
Epílogo	141

Adán y Eva

1952

I. Estábamos en el paraíso	145
II. La noche que fue ayer	146
III. ¿Has visto cómo crecen	147
IV. Ayer estuve observando	148
V. Mira, ésta es nuestra casa	150
VI. El tronco estaba ardiendo	152
VII. ¿Qué es el canto de los pájaros	154

VIII. Hace tres días salió	155
IX. ¡Qué fresca es la sombra	156
X. Fuimos al mar	157
XI. Me duele el cuerpo	159
XII. Es una enorme piedra	160
XIII. Eva ya no está	161
XIV. Ah, tú, guardadora	162
XV. Bajo mis manos	163

Tarumba

1956

Prólogo	171
Tarumba	173
A la casa del día entran gentes y cosas	174
Ay, Tarumba, tú ya conoces el deseo	175
La mujer gorda, Tarumba	176
En este pueblo, Tarumba	177
A caballo, Tarumba	178
Oigo palomas en el tejado del vecino	180
Si alguien te dice que no es cierto	181
¿Qué putas puedo hacer con mi rodilla	182
Sobre los ojos, sobre el lomo, cae	183
Estos días, iguales a otros días de otros años	184

Lo que soñaste anoche	185
Quién sabe en qué rincón del trago	186
Te puse una cabeza sobre el hombro	187
¡Aleluya!	189
Esto es difícil	190
La primera lluvia del año moja las calles	192
Amanece la sangre doliéndome	193
Miras pasar, Tarumba, el río del mundo	194
Quebrado, como un plato	196
Va a ser varón porque la madre tiene el vientre pronunciado	197
Solamente de vez en cuando, o a diario	198
Corriendo de una antorcha a otra	199
Mientras como un rábano y tomo una cerveza	201
¡Qué alegría del cuerpo liberado, Tarumba	202
Después de leer tantas páginas que el tiempo	204
Sólo en sueños	206
¡En qué pausado vértigo te encuentras	207
Ahí viene un galope subterráneo	208
Cabalabula nuevamente	210
En medio de los remolinos, Tarumba	211
Quiero que me socorras, Señor, de tanta sombra	212
Le vendí al diablo	214

Duérmete, mi niño, con calentura	215
--	-----

Diario semanario y poemas en prosa

1961

Así, como este anochecer, me siento	219
La preocupación de uno bajo la lluvia	221
Dice el radio que los Estados Unidos	223
La tarde del domingo es quieta	225
Te quiero a las diez de la mañana	226
La procesión del entierro	228
¿Si uno pudiera encontrar	230
Me alegro de que el sol haya salido	232
Dice Rubén que quiere la eternidad	234
No quiero convencer a nadie de nada	235
Ocurre que la realidad es superior a los sueños	237
Leyendo a Tagore pensé en esto	238
¿Es que hacemos las cosas	240
Si hubiera de morir	242
Me gustan los aletazos de la lluvia	244
Tengo las amígdalas maduras	246
Las anginas te tumban	248
Soy mi cuerpo	249
¿En qué callejón, a qué horas oscuras	250

En el estadio de la ciudad	251
El sol no apareció por ningún lado	253
¿Tiene uno, como la naturaleza	254
A medianoche, a punto de terminar agosto	255
En la estación de los ferrocarriles	256
Hay un modo	257
Dentro de poco vas a ofrecer	258
Con la flor del domingo	259

Poemas sueltos

1951-1961

I. Poemas sueltos

He aquí lo que sucede	265
Tu cuerpo está a mi lado	268
Mi corazón me recuerda	270
Me tienes en tus manos	272
Vamos a guardar este día	273
Lo primero que hay que decir	275
Tú tienes lo que busco	277
Codiciada, prohibida	278
Casida de la tentadora	279
No es que muera de amor	280

He aquí que tú estás sola	282
Me doy cuenta de que me faltas	284
Al pie del día	286
El poeta y la muerte	287
El paralítico	289
La enfermedad viene de lejos	290
Campanas de algodón	293
Poemas de unas horas místicas	296
Julito	300
Canciones del pozo sin agua	305
Paréntesis	309
El cadáver prestado	312
Con los nervios saliéndome del cuerpo	318
Con tu amargura auestas	321
A un lado de los dioses	323
¿Hasta dónde entra el campo	324
Se mecen los árboles	325
Todas las voces sepultadas	326
Alma mía, sangre mía	327
No es nada de tu cuerpo	329
Está la ceniza	331
He aquí que estamos reunidos	332
Igual que la noche	334

La sirena de una ambulancia	335
Mi cama es de madera	336
Ahora puedo hacer llover	338
Pasa el lunes	339
He aquí el patrimonio	342
En la boca del incendio	343
La ola de Dios	345

II. Rescaldos de *Tarumba*

En el espejo	349
En el corazón de la cebolla	351
¡Jala! ¡Jálame del brazo	352
De la cabeza me jalan	353
Ando buscando a un hombre	355
Tengo ojos para ver	356
Desde los cuerpos	357
Igual que los cangrejos	358
Rodeado de mariposas	360
Para tu amor, Señor	362
Mi Dios es sordo	363
Aquí, alma mía	364

Yuria

1967

I. Cuba 65

1. No sé, a estas alturas	371
2. «Hambre y sed de justicia»	373
3. ¿Quién es Fidel?	375
4. Estoy hartado de la palabra revolución	377
5. Crece difícilmente	379
6. Haciéndose su casa	380
7. Un día, en Banagüises	381
8. Quiero decir que ya estaba Martí	383
9. Es necesario detenerse frente al mar	385

II. Juguetería y canciones

Llueve, llovizna	389
Once y cuarto	391
Un personaje	392
Barriga vacía: corazón ligero	394
Espero curarme de ti	395
¡Qué costumbre tan salvaje	397
En el saco de mi corazón	399
Nada de ayer, nada de mañana	400

Si sobrevives	401
Quise hacer dinero	402
Cuando tengas ganas de morirte	403
Digo que no puede decirse el amor	404
Habana Riviera	406
Amor mío, mi amor	407
Tú eres mi marido	409

III. Autonecrológia

1. Cuatro, cinco, seis voces conocidas	413
2. Hay un día	415
3. Ahora se abren puertas	416
4. Y bien	418
5. Te quiero porque tienes	419
6. El mediodía en la calle	421
7. Jaime, Carlos	422
8. Esta mañana imaginé	423
9. Pétalos quemados	424
10. Se ha vuelto llanto este dolor	425
11. Cuando estuve en el mar	426

IV. Vuelo de noche

Me dueles	431
-----------------	-----

Va a venir, yo sé que vendrá	433
Dios bendiga a sus hijos	434
¡Abajo! Viene el viento furioso	435
Canonicemos a las putas	437
Cantemos al dinero	439
Dejé mi cadáver	441
Es la hora del atardecer	443
Si pudieras escarbar en mi pecho	445

Malt tiempo

1972

I. Doña luz

I. Acabo de desenterrar a mi madre	453
II. Es muy raro también	454
III. En la fotografía conserva	455
IV. Creo que estuvo en la tierra	456
V. En un principio, con el rencor	457
VI. Fue sepultada en la misma fosa	458
VII. De repente, qué pocas palabras	459
VIII. Si tú me lo permites	460
IX. ¡Con qué gusto veías	461
X. Quiero hacerte un poema	462

XI. Dame la mano	463
XII. Debe de ser algo distinto	464
XIII. Decías que una mariposa	465
XIV. Tú conoces la casa	466
XV. Estoy cansado, profundamente	467
XVI. «Cuando reviva mi abuelita	468
XVII. Lloverás en el tiempo de lluvia	469
XVIII. Sobre tu tumba	470
XIX. Niña muerte, descansa	471
XX. Vienen la Noche Buena	472
XXI. La casa me protege del frío	473
XXII. ¿Es que el Viejo está muerto	474
XXIII. El cráneo de mi padre	475
XXIV. Todo esto es un cuento	476

II. Juguetería y canciones

Buenos días, memoria terca	479
Mi corazón nocturno se levanta	481
Carretón de la basura	482
Las hormigas	483
Hay dos clases de poetas modernos	484
Aquel muchacho tenía, de verdad	485
No escuché los pasos del gato	486

Para hacer funcionar a las estrellas	487
Me preocupa el televisor	488
Sobre el asfalto	489
Las sirenas de los barcos	490
Después de recorrer	491

III. Testimonios

Tlatelolco 68	495
Las montañas	499
Diario Oficial	501

IV. Como pájaros perdidos

I-XXXVIII	505
-----------------	-----

V. Collage

Próximo, en la noche	515
Siempre pensé que caminar a oscuras	516
Con palabras precisas	518
A veces —no siempre, pero a veces—	519
Salen los poemas del útero del alma	520
Venías de muy lejos	522
El agua lava todos los pecados	523
Dando respiración mortal de boca a boca	524

En estas profundas soledades	525
Si me dejas arrancarte los ojos	526
Eché en la bolsa del tiempo	527
Hace muchos años	528
Me preguntaron si iría	530
Yo no tengo ideas	531
Quiero una caja de muerto	532

VI. Maltiempo

Animales simultáneos, los poetas	535
Ahora me pongo lentes	536
Es la hora de la transmigración	537
El ruido del calentador	539
Desde la muerte	540
La música —dice Igor Stravinski—	542
Hace tres días	543
Gira por su ecuador empobrecido	545
Si la vida es ejercer	546
Te preocupa que yo escriba	547
Estoy seguro de que estos brazos	548
El estómago	549
La sensatez y la cordura	550
Fui a la casa de empeños	551

He repartido mi vida	552
----------------------------	-----

Algo sobre la muerte del mayor Sabines

1973

Primera Parte

I. Déjame reposar	557
II. Del mar, también del mar	559
III. Siete caídas sufrió	561
IV. Vamos a hablar del Príncipe Cáncer	563
V. De las nueve de la noche en adelante	565
VI. Te enterramos ayer	567
VII. Madre generosa	568
VIII. No podrás morir	569
IX. Te fuiste no sé a dónde	571
X. Es un mal sueño largo	572
XI. Recién parido en el lecho	573
XII. Morir es retirarse	574
XIII. Padre mío, señor mío	575
XIV. No se ha roto ese vaso	576
XV. Papá por treinta o por cuarenta	577
XVI. ¿Será posible que abras los ojos	578
XVII. Me acostumbré a guardarte	579

Segunda Parte

I. Mientras los niños crecen, tú	583
II. Mientras los niños crecen y las horas	584
III. Sigue el mundo su paso	587
IV. Un año o dos o tres	588
V. Mi madre sola, en su vejez hundida	590

Otros poemas sueltos

1973-1993

El peatón	593
Pensándolo bien	594
La luna	595
Recado a Rosario Castellanos	597
En serio	599
Receta	600
Veremos	601
Tu nombre	602
La cama	603
Ahora	604
Reencuentro	605
La droga	606
Sísifo	607
La esfinge	608

Diluvio	609
Familia	610
Actualidad	611
Caballos de fuerza	612
El gato loco	613
¿Nocturno?	614
Temas de la vejez y del cansancio	616
Veo salir el sol	618
Eclipse	619
Empiezan las lluvias y empiezan los colores	620
¡Aleluya, la madre!	622
Las casas duran un poco más	624
No me acuerdo	625
Todo me lo has dado, Señor	626
Espero	627
El que se quedó sin dientes	628
Las tres de la mañana	630
Siempre fui mi pene	631
Estoy metido en la política	632
Preocupación de Job	633
¿Cómo puede decirse un amanecer en Comitán	634
Me encanta Dios	635